

tanto rigor que se hablará de esta acción por mucho tiempo." De este modo, el abuso de la autoridad, convirtió en un monstruo al pueblo mas humano. Se les dió por señal de la ejecución el toque á rebato con la campana del reloj de palacio; y para que pudiesen conocerse y reunirse, se les mandó que se pusiesen un pañuelo blanco en el brazo izquierdo, y una cruz del mismo color en el sombrero.

56. Dada la orden para tocar á rebato, salió el Rey de su cuarto, sobrecogido de un secreto horror, y se dirigió hácia la puerta del Louvre á un gabinete, desde donde se puso á mirar á la ciudad con no poco sobresalto. Le acompañaron su madre y hermano para infundirle aliento; pero habiendo oido un pistoletazo, se abandonaron todos tres al terror y al remordimiento; quedaron embargados todos sus sentidos, y representándoseles la horrorosa imagen de los desórdenes y maldades que iban á cometerse, enviaron recado al duque de Guisa para que no se hiciese ninguna tropelía con el almirante. Pero era ya tarde. El implacable Guisa habia estado esperando con impaciencia la señal de su venganza. Ya habian sido violentadas las puertas de la casa del almirante, y estaba degollado el portero. Para atender á todo, se habia quedado Guisa en el patio con la mayor parte de los señores que le acompañaban. Beme ó Behem, criado alemán del duque, sube precipitadamente la escalera con varios ministros, no menos feroces que él, y entra en el cuarto del almirante. „Muera, muera (esclaman todos á un tiempo con voces desaforadas).”

Descubre Beme al almirante, que se habia levantado de la cama, é iba arrimado á la pared para sostenerse. „¿Eres tú, Coligny (le dijo)? Yo soy, respondió el almirante con aquella serenidad que habia manifestado siempre en medio de los peligros. Pero tú, mozo, ¿por qué no respetas mis canas, ó á lo menos el estado de enfermedad en que me hallo? Sobre todo, haz lo que te parezca; que no puedes abreviar demasiado mi vida.” Desentendiéndose Beme de estas palabras, le atraviesa el cuerpo con la espada: á lo que se siguieron otras mil heridas, y cae en tierra el almirante nadando en sangre. „Ya murió (dijo Beme, asomándose á la ventana). Es menester verlo (respondió el desapiadado Guisa): Mr. de Angulema no quiere creerlo si no lo vé por sus propios ojos.” Echaron abajo el cadáver: le limpió la cara el duque de Angulema para reconocerle, y dicen que llegó al extremo de darle de patadas. Despues de esto hicieron con él cuantos ultrages son imaginables; le mutilaron del modo mas indigno, y le colgaron por los muslos en las horcas patibularias de Mont-Faucon. Todas las personas que se hallaban en casa del almirante, experimentaron la misma suerte que él; y entre éstas, el señor de Guerchi, que habiendo sido sorprendido sin tener tiempo para vestirse, cogió con la una mano la capa, y con otra la espada, y se defendió mucho tiempo contra los asesinos, cuyo número quizá no habria bastado, si no hubiesen ido armados de corazas. Este fue casi el único calvinista que se defendió. La mayor parte de ellos se dejaban



degollar sin resistencia. ¡Tal era el sobresalto de que estaban poseidos! Despues de la matanza, robaron los soldados, destrozaron, y se llevaron todas las preciosidades que habia en las casas.

Al oír la gritería, las amenazas y el tumulto espantoso que resonaba por todas partes, luego que se tocó la campana de palacio, salieron de sus casas los calvinistas, medio desnudos, y aun no bien dispier-tos. Se dirigieron precipitados hácia la casa del almirante, y fueron asesinados por las compañías de guardias que los esperaban allí cerca. Creyeron hallar un asilo en el Louvre, y fueron rechazados á fusilazos y lanzadas (1). El mismo Soberano que debia servirles de padre y defensor, el fogoso Carlos IX, una vez abandonado á su genio naturalmente colérico, no se horrorizó de disparar contra ellos. Perplejos y desesperados, ceden á su fatal destino, y se dispersan sin saber adonde se encaminan sus pasos; pero en unas partes se encuentran con las tropas de Guisa, en otras caen en manos de las milicias urbanas, quedan cubiertas de cadáveres las calles y las plazas, y corren por la ciudad arroyos de sangre (2). No se tuvo mas respeto á los lares domésticos: registraron los asesinos lo más oculto de las casas, y sin distincion de edad ni de sexo degollaron á cuantas personas hallaron en ellas. Caían por las ventanas los cuerpos ensangrentados; estaban amontonados los muertos y moribundos en las puertas cocheras; y los

(1) *Brant. t. 9. p. 410.* (2) *D' Aubigné, t. 2. l. 1. p. 548.*

gemidos de los que iban á espirar, mezclados con los gritos agudos de los asesinos, despedazaban todos los corazones que conservaban algun sentimiento de humanidad.

Pero á fin de sofocar todas las reclamaciones de la naturaleza, de la conciencia y del cristianismo, corrian por todas las calles con las armas en la mano el duque de Montpensier, el duque de Nevers y el mariscal de Tavannes (1), publicando con alta voz que el almirante y su secta impía habian formado una conspiracion para asesinar al Rey y á toda la familia real, sin esceptuar al Rey de Navarra, ni al Príncipe de Condé; que los católicos podian esterminar sin ningun peligro á unos traidores que iban ya á cometer el último atentado, y que se habia descubierto la conspiracion por un favor particular de la Providencia para con el Monarca religioso que les mandaba anunciarsele. „No temais, pues, otra cosa (concluian con resolucion) sino perdonar á los enemigos del Príncipe y de la patria, y no acabar hasta con la última de estas serpientes pérfidas, que pretendian introducirse en vuestro seno para derramar allí el veneno y la muerte. El Rey, la Reina su madre, el mismo Dios es el que os lo manda.” Escitadas las milicias urbanas con estas palabras y con la memoria de sus promesas, se encarnizaron de tal modo en la matanza, que un platero llamado Crucé, mostró poco despues el brazo desnudo y ensangrentado, gloriándose de que él habia degollado

(1) *De Thet. 32. p. 88.*



cuatrocientas personas. „Sangrad, sangrad, (gritaba el despiadado Tavannes, usando de un estilo burlesco en medio de su cruel fanatismo), que la sangría no es menos provechosa en Agosto que en Mayo.” No fue el Louvre un asilo mas sagrado que las casas particulares; y fue tal la carnicería que hubo allí, especialmente de personas nobles y de criados adictos al Rey de Navarra, que los corredores y escaleras estaban llenos de cadáveres. Se perseguía á aquellos infelices hasta dentro de los cuartos de las Princesas. Estaba aun acostada la Reina de Navarra, cuando oyó que golpeaban á su puerta con pies y manos, y gritaban: *Navarra, Navarra*. Abrió inmediatamente una señora de las que estaban en su cuarto, creyendo que era el Rey. Entra un hombre bañado en sangre, á quien perseguían cuatro archeros que le habían hecho ya dos grandes heridas: se arroja en la cama, y procura defenderse acogiéndose á la Princesa. La Reina se arroja al suelo medio muerta, y hace lo mismo el herido teniéndola abrazada: gritan ambos á dos á cual mas pueden, y manifiestan igual terror. Por último, llegó el capitán de guardias, y condescendiendo con las eficaces instancias de la Reina, que ya había vuelto en sí, concedió la vida á la víctima que se había escapado del sacrificio. No sucedió así con Brion, ayo del Príncipe de Conti, el cual, acometido por los asesinos, tomó en brazos á su augusto discípulo: el niño ponía sus manecitas delante de las espadas; mas no por eso dejó de morir aquel proscrito respetable y casi octogenario. Huyendo la

Reina de Navarra desde su cuarto al de su hermana la duquesa de Lorena, vió que á tres pasos de distancia mataron de una lanzada á un caballero, al ir ella á entrar en la antesala. Aun no había vuelto del desmayo que la causó este espectáculo, cuando oyó los alaridos confusos de una multitud de personas que eran degolladas en medio del Louvre. Llevaban arrastrando á los proscritos desarmados, y los ponían en medio de los guardias, los que, colocados en dos filas, los iban matando á lanzadas, ó con alabardas, y luego hacían de ellos un montón, donde morían ahogados unos debajo de otros. El Rey, según el testimonio de algunos historiadores, á cuya asercion da bastante fuerza el carácter estremado de este Príncipe, estaba asomado á una ventana, y daba grandes gritos, diciendo que no dejasen escapar ninguno. Sin embargo, perdonó á Grammont, á Duras, á Gama-che, y á Bouchavane, los cuales prometieron serle fieles, y cumplieron su palabra.

Pero Pardaillan, San Martin, ayo del Rey de Navarra, Brousse, Armando de Clermont y el señor de Piles, famoso por la defensa de San Juan de Angeli, fueron degollados en el recinto del Louvre; y fuera de allí Taligny, yerno del almirante, que había logrado huir el cuerpo á los tiros de varios asesinos, como tambien la Roche-Foucault, á quien respetaba el partido calvinista casi lo mismo que á los Colignis, á quien amaba Carlos IX, y á quien intentó poner en salvo; Soubise, Lavardin, Crussol, Levi, Berny, Rouvrai, la Chataigneraie, Pluviaut y otros muchos



señores, caballeros y oficiales militares, en número de dos mil. A Caumont, que dormía tranquilamente en medio de sus dos hijos, le mataron á puñaladas con uno de estos niños, y el otro, que fue después el mariscal de la Fuerza, debió la vida á la sangre de su padre, de que estaba inundado, y la tuvieron por suya propia. El número total de los asesinatos que duraron tres días, ascendió, según se pudo regular, á cinco mil, los que sin embargo no comprendieron á todos los religionarios, ni á ellos solos. Había un número considerable de protestantes distinguidos, que vivían en el arrabal de San German. Hizo esta observación el duque de Guisa, cuyo talento escitado del furor de que estaba poseído, no perdía ocasión de derramar sangre enemiga, y se dió el encargo de ejecutar esta mortandad á mil hombres de milicias urbanas, mandados por Maugirón; pero el desorden que reinaba en toda la ciudad, fue causa de que no se abriese á tiempo la puerta que correspondía á aquel barrio; se oyó por todas partes el enorme tumulto que había al lado de acá del río, y sin creer que fuese obra del gobierno lo que estaba pasando, sin saber los calvinistas que partido tomar, huyeron precipitadamente, pareciéndoles que en todo trance era este el recurso mas seguro. Las principales personas que escaparon en aquella ocasión fueron Roan, Mont-Gommeri y el señor de Chartres. No debemos creer que fuese la heregía el único delito capital en semejante desenfreno de todas las pasiones y de todos los furios. No solo perecieron

muchos católicos por una consecuencia inevitable de aquella confusión: para pasar por calvinista bastaba tener un enemigo vengativo, un heredero avaro, un competidor en la solicitud de un empleo, un contrario en un pleito, un rival en amores, ó en la carrera de las letras. Pedro Ramos, que sacudiendo el yugo de Aristóteles, dió el primer impulso á los progresos de las ciencias, fue comprendido en los asesinatos, no tanto por sus conexiones con Teodoro Beza, cuanto por haber contradicho á Santiago Charpentier con motivo de las obras de Horacio. Luis de Clermont de Amboise, persona de la mas distinguida nobleza, mató por su propia mano á Antonio Clermont, que había ido á París á seguir un pleito que tenía con aquel insigne ladrón sobre el marquesado de Renel. En una palabra, no había bajeza ni atrocidad que no se cometiese; y como se miraba con indiferencia la calidad, el sexo y la edad, no hubo edad, sexo, puesto honorífico ni carácter noble y generoso, que se negase á la maldad y á la infamia. Los muchachos de diez años ahogaban á los niños en la cuna, y las mujeres de la corte contemplaban con un odio atroz los cadáveres desnudos de aquellas personas que no habían temido desagradarlas.

Entre tantos horrores se cita un hecho generoso, pero que al mismo tiempo presenta algo de horrible. Había una enemistad mortal entre dos caballeros de Querci, uno de los cuales, llamado Vezins, era católico, y el otro, llamado Reignier, era calvinista. Ambos se hallaban en París, en donde nada temía



tanto Reignier como encontrarse con Vezins. De repente oye que echan por tierra la puerta de su cuarto. Acompañado Vezins de dos soldados, entra con precipitación, llevando una pistola en una mano, y en otra la espada desenvainada. „Sígueme (le dijo con aspereza).” Reignier pasa medio muerto por entre los soldados. Había preparado Vezins dos caballos, hace que suba en uno de ellos, le saca de la ciudad, y sin volver á hablarle una palabra le lleva hasta su provincia, y le deja en su casa de campo. Rompiendo entonces el silencio, le dijo: „Ya está usted en lugar seguro. Yo hubiera podido vengarme sin ningun riesgo; pero entre personas de honor es necesario dividir mutuamente los peligros. Para esto he puesto á usted en libertad. Cuando guste, estoy pronto á despachar nuestro asunto, como corresponde á unos caballeros.” Respondióle Reignier, que, visto el modo con que le había tratado, no le era ya posible defenderse; que no podía hacer otra cosa que emplear en su obsequio la vida que acababa de darle, y corrió con los brazos abiertos para arrojarse á su cuello. „Dejo á usted con una entera libertad para amarme ó aborrecerme (le dijo su feróz bienhechor);” y sin esperar respuesta, dió de espuelas á su caballo, y se retiró. ¡Qué grandeza de alma! ¡Pero qué maniobra tan abominable, emplearla en cometer delitos! Carlos IX había detenido en el Louvre al Rey de Navarra y al Príncipe de Condé para no esponerlos al furor del pueblo, que no conoce ni respeta á nadie cuando se vé abandonado á sí mismo.

Después de la mortandad, considerando que había de parecer ésta execrable si no la cohonestaban con algun paliativo religioso, y especialmente si persistían en la heregía las personas mas inmediatas al trono, mandó el Rey que fuesen catequizados los dos Príncipes por el sábio jesuita Maldonado, y por Rossier, ministro famoso, que había abjurado y volvió después á incurrir en la heregía. Como los Príncipes iban dando largas, con pretesto de una instruccion mas perfecta, los llamó el Rey, los trató de rebeldes é hijos de rebeldes, y concluyó diciéndoles con un laconismo espantoso: „misa, muerte, ó prision perpétua: elegid al momento.” El Rey de Navarra respondió de modo que no se pudo dudar de su fidelidad. El Príncipe de Condé manifestó al principio alguna repugnancia, pero al cabo cedió tambien. Hubo otras muchas conversiones semejantes, que, por la mayor parte, no duraron mas que el terror de que procedían. En cuanto al vizconde de Turena, sabemos por sus memorias, que el escándalo de la mortandad del día de San Bartolomé le movió á abrazar el calvinismo (1).

El Rey Carlos, perplejo, indeciso y dando á entender con las contradicciones de su conducta la agitación de que estaba poseido su espíritu, después de haber procurado, aunque inútilmente, atribuir todo lo odioso de aquellas atrocidades á los Príncipes de Lorena, los cuales se obstinaron en declarar que nada habían hecho sin recibir orden para ello, tomó

(1) *Mem. de Tur.* p. 57.